1

Venecia

El primer día de mayo, en el mismo instante en que el Basileo estaba hablando con lord Andronikos sobre la situación en Venecia, *San Marco*, el buque insignia de la flota veneciana, entraba en la laguna. Sus aparejos estaban destrozados por tempestades, y sus costados, mellados por impactos de proyectiles.

Era todo lo que quedaba de la armada veneciana.

A bordo del barco se encontraba el mismo *demonio* cuyo paso por su imperio lamentaba ahora el Basileo. Se llamaba Tycho y tenía tres razones para no querer estar en aquel barco: la primera, que se sentía débil y enfermo por tener debajo aguas tan profundas; la segunda, que no podía librarse de las pesadillas provocadas por la batalla, y la tercera, que la chica a la que amaba se había encerrado en su camarote negándose a salir. No fue la reacción que Tycho esperaba cuando reveló a la muchacha su verdadera naturaleza.

—¿Otra vez solo, lord Tycho?

El *demonio* hizo una mueca de desagrado.

Arno Dolphini era uno de los pocos miembros de la tripulación que no se dejó impresionar por su papel en la reciente victoria. Pero incluso los que *sí* estaban impresionados consideraban a Tycho un ambicioso y un imprudente. ¿Por qué si no iba a arriesgarse a cortejar a una princesa Millioni estando el cadáver del marido todavía caliente?

Porque yo me enamoré de ella antes, pensó Tycho con amargura.

Y fue ella la que lo buscó aquella noche en la cubierta de *San Marco*, vestida como ninguna mujer que acaba de enviudar debería hacerlo, llevando tan sólo un fino camisón empapado en sudor y pegado a su cuerpo. El simple recuerdo hacía que la garganta de Tycho se cerrara.

—Lady Giulietta está indispuesta.

—¿Un bebé llorón y un esposo muerto? No es de extrañar. Pero sin duda su familia no tardará en encontrarle otro príncipe.

Con los puños apretados, Tycho miraba las luces de la orilla; estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no propinarle una paliza a Dolphini. El muchacho era un imbécil pendenciero, además de heredero mimado de una enorme fortuna. Pero la verdadera razón por la que quería arrancarle la garganta a Dolphini era porque decía la verdad.

—Vamos. Se está perdiendo la diversión.

A su llegada, *San Marco* había recibido la orden de fondear tras la línea de cuarentena, igual que cualquier otro buque recién arribado. Pero lord Atilo, su capitán, no era de los que toleran que les hagan esperar.

—¿Te atreves a decirme lo que tengo que hacer?

No muestres tu pánico, pensó Tycho.

Pero el mensajero ya estaba evaluando la altura de la caída hasta la oscura laguna que tenía a sus espaldas. Si alcanzaba la barandilla, podría saltar antes de que Atilo le golpeara. Pero entonces el regente ordenaría que le colgaran por cobarde. La cara del mensajero mostraba que era consciente de que estaba condenado al fracaso hiciese lo que hiciese.

—Esas son las órdenes del Consejo, mi señor.

—¡Al demonio el Consejo! Voy a desembarcar.

—Le arrestarán.

Incluso lord Atilo parecía sorprendido.

—Acabo de hundir la flota mameluca. He salvado Chipre de la invasión y he protegido nuestras rutas comerciales. ¿De verdad crees que alguien se atrevería?

—Mi señor. Sus órdenes...

Atilo il Mauros quiso decir que nadie le daba órdenes. Pero no era cierto: la duquesa Alexa lo hacía, y lo habría hecho su hijo de

no haber sido tan simplón. Y el príncipe Alonzo, regente de Venecia, también tenía derecho a darle órdenes.

—He luchado contra las tempestades durante tres días. Mi barco está maltrecho, mi tripulación, agotada. Lo hice sólo para traer cuanto antes la noticia de nuestra victoria.

—Ya habíamos recibido esa noticia, mi señor.

—¿Cómo es posible...?

—Se anunció el domingo pasado.

El viejo almirante árabe soltó un rugido furioso. Lo que podría parecer incluso gracioso si al mismo tiempo no se hubiera preparado para atacar, pero el mensajero era demasiado ignorante para darse cuenta de que Atilo estaba a punto de estallar. Y de que cuando lo hiciera, su puñal acabaría atravesando el corazón del mensajero.

El aire de la noche se llenaría de olor a sangre y Tycho tendría que luchar contra su hambre. Estaba agotado, enfermo por haber pasado tantos días en el mar y seguro de que no conseguiría evitar convertirse en la bestia en la que se convirtió la noche de la batalla naval.

—Deje que se marche.

Atilo se dio la vuelta, buscando con la mirada a su antiguo esclavo.

—*¿Te atreves a cuestionar mi autoridad?*

Al instante el mensajero fue olvidado y toda la atención de Atilo se centraba ahora en la frase que él había interpretado como un insulto. Cuando la mano de Atilo agarró la empuñadura de su espada, Tycho se preguntó hasta dónde estaba dispuesto a llegar el viejo...

—*Nada de peleas.*

La voz que se escuchó detrás de Tycho sonaba menos segura de lo que las palabras pudieran sugerir. La muchacha pelirroja que se abría paso como si Tycho no existiera temblaba de ira, de nervios o de cansancio. Lady Giulietta había salido con el bebé al pecho, apenas cubierto por un chal de Malta.

—Dile a los que te envían que acepto la cuarentena. No obstante, no quiero quedarme en este buque lleno de idiotas. Que el Consejo de los Diez busque otra solución. Puedes utilizar mi nombre cuando vayas a transmitírselo.

El mensajero hizo una reverencia.

Y Giulietta de Millioni, viuda del príncipe Leopold y madre de su heredero, regresó al camarote con la certeza de que sería obedecida. Los Millioni eran buenos en eso. En suponer que los demás cumplirían sus deseos sin rechistar.

Tan buenos que siempre se salían con la suya.

Tycho pasó todo el día siguiente durmiendo en la oscura bodega del *San Marco.* Tumbado en un lecho de tierra que habían subido a bordo en Ragusa, un puerto de la costa adriática. El sol le hacía daño, estar sobre el agua le ponía enfermo y la luz diurna le cegaba. Todo el mundo conocía su enfermedad.

Los marineros del barco procuraban evitarle. En realidad, todo el mundo procuraba evitarle.

Los oficiales de Atilo tuvieron buen cuidado de rendirle los honores que su reciente nobleza exigía. Y su amistad con lady Giulietta, que siempre fue compleja, se hizo aún más incómoda. Sólo la prometida del lord Atilo, lady Desdaio Bribanzo, iba y venía como si nada hubiera cambiado.

—Tycho...

Tycho se puso en pie de un salto. No fue consciente de que tenía una daga en la mano hasta que Desdaio preguntó:

—¿Es realmente necesario que lleves eso?

—Mis disculpas, señora.

Desdaio recorrió con la mirada la bodega. Parecía dudar.

Contra las paredes se amontonaban pilas de arcones, Tycho los había empujado hacia un lado para despejar un pequeño espacio en el suelo. Un trozo de tela vieja lo protegía de la luz solar que pudiera filtrarse a través de la escotilla superior. Sobre una capa de tierra roja estaba extendido un delgado colchón.

—Hace que me sienta un poco mejor.

—Siempre sabes lo que estoy pensando.

—Hay días en que sé lo que piensa todo el mundo. Tus pensamientos suelen ser los más agradables.

Tycho vio en la oscuridad como la muchacha se ruborizaba y volvía la cara a un lado para ocultar su vergüenza.

—He venido a decirte que el mensaje de lady Giulietta ha sido contestado.

—¿Te envía lord Atilo?

Desdaio estuvo a punto de mentir por lealtad al hombre con el que se iba a casar, pero luego negó con la cabeza, la honestidad era su segunda naturaleza.

—Pensé que te gustaría...

Un resoplido sobre sus cabezas hizo que los dos mirasen hacia arriba.

Giulietta se había detenido al comienzo de las escaleras con Leo dormido entre los brazos. Su figura se recortaba contra el cielo estrellado. Tenía el ceño fruncido y llevaba un vestido negro que se había comprado en Ragusa. En los últimos días la expresión de desagrado y aquel vestido se habían convertido en su armadura.

Tycho apenas tuvo ocasión de verla.

—¿Has venido a decirme algo? —preguntó Tycho.

—Que lord Roderigo está aquí.

—¿El capitán Roderigo?

—Ahora es barón. Cosas de mi tío. Me sorprende que tu pequeña heredera no te lo haya contado ya. Parecíais mantener una conversación muy amistosa.

—No es...

—¿No es lo que parece? ¿Qué es entonces?

—Mi señora, tenemos que hablar.

—No tenemos nada de que hablar. Debes saber que mi intención es abandonar Venecia en el momento en que el Consejo me dé permiso para hacerlo.

—¿Adónde irá?

—¿Acaso es asunto tuyo?

—Era sólo una pregunta, mi señora.

—A la hacienda de mi madre en Alta Mofacon. Leo será feliz allí y yo estaré lejos de esta ciudad alcantarilla.

Y de ti. Tycho se dio cuenta de que era eso lo que en realidad estaba diciendo.

Lord Roderigo llevaba sobre el hombro la banda con el león de San Marco, lo que indicaba que se encontraba allí en su calidad de jefe del servicio de aduanas de Venecia.

—Mi señor —dijo lady Giulietta.

Roderigo hizo una reverencia. Luego miró por encima de ella y se quedó boquiabierto al descubrir el profusamente adornado jubón de Tycho. Aunque lo que más le sorprendió fue ver la media espada que colgaba de su cadera.

—Ha sido nombrado caballero —el tono de Atilo no disimulaba su desaprobación.

—¿Por lo que hizo en la batalla?

—Antes de eso.

—No era más que un esclavo.

—Así es —dijo Atilo.

—Fui nombrado caballero por lo que iba a hacer —Tycho sonreía con suavidad—. El rey Janus creyó que podría ser de alguna ayuda.

—¿Y lo fuiste?

—Ganó la batalla por nosotros —dijo Giulietta de forma tajante.

—¿Pero cómo lo hizo, mi señora?

—No tengo ni idea. Fuimos enviados a las bodegas.

Lord Roderigo creía ver a un muchacho que pretendía ser un hombre. Un ex esclavo que se hacía pasar por caballero. Tycho estaba encantado de que pensara así ya que Roderigo era hombre del regente y fue Alonzo quien había ordenado que Tycho fuera vendido como esclavo.

—¿Cuándo vamos a desembarcar?

—¿Quién dijo nada de desembarcar?

—Tú estás aquí. Dudo que hubieras venido en persona si tuviéramos que seguir a bordo. Por lo tanto, si estás aquí, es que vamos a desembarcar.

La mirada de Roderigo se volvió pensativa.

—Han llevado víveres a San Lázaro —admitió—. También vino, cerveza y vestidos nuevos. Debido a la gran victoria de lord Atilo, el Consejo ha reducido la cuarentena a diez días.

Era una concesión impresionante.

—Pero es una isla de leprosos —protestó Desdaio.

—Mi señora, hace cincuenta años que no hay nuevos casos de lepra. Ahora los Cruzados Blancos cuidan allí a los heridos en las batallas. Y dado que, en los últimos veinte años, no ha habido batallas en Venecia —Roderigo se encogió de hombros—, tienen

tiempo suficiente para la oración. Si lady Giulietta es tan amable de subirse al primer bote...

La dama sonrió amablemente.

—Lord Tycho, ¿va usted a desembarcar con ella? —preguntó Roderigo.

La sonrisa de lady Giulietta se convirtió en una mueca.

Las escaleras de piedra que se adentran en el agua son muy típicas de Venecia y sirven para compensar las subidas y bajadas de las mareas. Los peldaños de la mayoría de estas escaleras están cubiertos de resbaladizo verdín. Pero, siguiendo las órdenes del Prior, los escalones que conducían a la *fondamenta,* el embarcadero revestido de piedra de San Lázaro, habían sido raspados tan a conciencia que se podían ver las marcas del cincel de los albañiles que los tallaron.

—Mi señora —el Prior inclinó la cabeza.

—Prior.

Los caballeros que acompañaban al Prior llevaban cotas de malla bajo sus mantos y estaban armados con espadas. Las cotas de malla parecían sucias y oxidadas, pero los filos de las espadas brillaban a la luz de las antorchas.

—Este es un honor poco común, mi señora.

La boca de Giulietta se torció, a punto de decir algo irreverente, cuando Tycho dio un paso adelante.

—Soy lord Tycho.

El Prior se detuvo dubitativo.

—Lord Atilo está a punto de llegar —a Tycho le costaba que no se le escapase «mi amo». A pesar de que la relación ya no existía y sus cenizas habían dejado un sabor amargo a los dos—. Le manda sus atentos saludos y da gracias por su hospitalidad. En particular, la hospitalidad que ofrece a lady Giulietta y lady Desdaio. Él sabe...

—¿Es verdad que lady Desdaio Bribanzo está con él?

—Sí —contestó Tycho.

El Prior frunció los labios.

—Se les asignarán cuartos separados.

—Dudo que ella acepte cualquier otra cosa —dijo Giulietta con aspereza—. Y si lo hiciera, dudo que lord Atilo lo consintiera.

El Prior optó por guardarse su desaprobación.